

## SOBRE LA «JERUSALÉN RESTAURADA»: LOS CALVARIOS BARROCOS EN ESPAÑA

POR

JOSÉ MIGUEL MUÑOZ JIMÉNEZ  
Dor. por la Universidad Complutense

In this article, the author wants to analyze the different kinds of «calvarios» and «sacromontes», which can be found in the Spanish Baroque, when so many villages and towns are turned into the symbolic image of «Heavenly Jerusalem».

### I. *Introducción*

El magisterio de Don Antonio Bonet Correa ha sido amplio y excelso. Mas si pudiéramos destacar un aspecto del mismo, nos inclinaríamos indudablemente por sus estudios sobre el Urbanismo del Siglo de Oro, y en especial sus análisis acerca del urbanismo religioso y la intensa sacralización de la ciudad hispana y del espacio exterior en aquel momento barroco <sup>1</sup>.

Agudo y certero, siempre sugerente, en muchos de sus escritos sobre el tema nos ha demostrado con su acostumbrada elegancia que si existiera un museo ideal del arte religioso español, en él figurarían obligatoriamente nuestros innumerables santuarios devocionales, mayoritariamente marianos (pues toda España es la Tierra de María Santísima) y siempre interesantes en sus diversas categorías (nacionales, regionales, comarcales o locales). Pero además corresponde a su fina intuición el destacar la importancia que, para el estudio de la historia de las mentalidades, alcanzaron en el mundo ibérico tantos Vía Crucis y Sacromontes que, producto de la «Devotio Moderna», son una de las manifestaciones más populares de nuestra creatividad religiosa, en una aportación en la que Bonet vuelve a ser pionero y aún adelantado de la Historia del Arte español fuera de nuestras fronteras <sup>2</sup>.

Siguiendo su estela, quiero presentar algunos ejemplares de calvarios inéditos o desapercibi-

---

<sup>1</sup> Queremos destacar entre la extensa bibliografía de BONET CORREA, A.: *Iglesias madrileñas del siglo xvii*, Madrid, 1961; *Arquitectura en Galicia durante el siglo xvii*, Madrid, 1966; *Andalucía barroca*, Barcelona, 1975, y *Morfología y ciudad*, Barcelona, 1978.

<sup>2</sup> BONET CORREA, A.: «Sacromontes, y Calvarios en España, Portugal y América Latina», en *La «Gerusalemme» di San Vivaldo e i Sacri Monti in Europa*, Montaiione, 1989, 1, pp. 173-213.

dos, clasificar los distintos y numerosos modelos de vía crucis organizados en nuestro ámbito cultural, y aún remarcar la importancia de los modestos caminos crucíferos españoles (elementos típicos del Barroco popular).

De hecho, no es la primera vez que nos ocupamos de los itinerarios sagrados, sino que ya tuvimos ocasión de estudiar el fenómeno de los Vía Crucis en los Desiertos carmelitanos <sup>3</sup>, concluyendo entonces en que su práctica en el siglo xvii llevó a la identificación de algunos yermos descalzos con la Nueva Jerusalén, con el Monte Calvario, lugar de ejercicios penitenciales que invita al solitario a imitar a Cristo <sup>4</sup>.

Más adelante profundizaremos en la significación de estas Vías Sacras, que radica esencialmente en la consecución de un espacio simbólico, ilusorio y ficticio, alcanzándose en ellas una geografía «mental» fundamentada en algunos elementos físicos o topográficos que «se parecen» a los Santos Lugares. Bástenos por ahora recordar que los más grandes ejemplos de Sacromontes (que es el calvario formado por ermitas o capillas de los pasos, casi siempre ascensional), se encuentran en Italia, Portugal y Brasil, siendo más escasos y modestos los estudiados por el profesor Bonet en España e Hispanoamérica <sup>5</sup>.

Respecto a los Sacromontes lusoamericanos y como ejemplo de su enraizamiento popular (y de la acendrada sensibilidad de ese gran literato que es Vargas Llosa), queremos llamar la atención acerca de un pasaje de la magnífica novela *La guerra del fin del mundo* que, en medio de un evidente milenarismo utópico que aún tenía vigencia en la América latina de fines del siglo xix, describe con brevedad el Calvario de Santa Cruz de Monte Santo, donde se había instalado como ermitaña la beata María Quadrado:

«Al salir de Bahía (María Quadrado), decidida a peregrinar hasta el milagroso Calvario de la Sierra de Piquaraçá, donde dos kilómetros excavados en los flancos de la montaña y rociados de capillas, en recuerdo de las Estaciones del Señor, conducían hacia la Iglesia de la Santa Cruz de Monte Santo, adonde había prometido llegar a pie en expiación de sus pecados...»,

«...cruzó la rua dos Santos Passos, erigida sobre el barranco..., que era el comienzo de la Vía Sacra, ...y la vieron detenerse a rezar en cada una de las veinticuatro capillas y besar con ojos llenos de amor los pies de las imágenes de todas las hornacinas del roquerío...» <sup>6</sup>.

No debe extrañar que en una narración ambientada en la apartada región brasileña del Ser-tón encontremos tal alusión a un Sacromonte, pues todos sabemos de la magnificencia de los calvarios portugueses del Bom Jesus del Monte, en Braga, y del Bom Jesus de Matozinhos, y su homónimo brasileño de Congonhas do Campo <sup>7</sup> pero, como vamos a demostrar a continuación, semejante sacralización del territorio periurbano y aún de la misma ciudad abundó extraordinariamente en la España del Barroco cuando, lo mismo que sus catedrales y parroquias se levantaban a imagen del Templo de Salomón, la erección de una Vía Dolorosa con las etapas de la Pasión del Señor, y de ermitas de la Soledad y del Santo Sepulcro junto al Calvario situado en un cerro o monte próximo a la villa, hacían definitivamente de ésta una Nueva Sión, una Jerusalén Reedificada.

<sup>3</sup> MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M.: «Yermos y Sacromontes: itinerarios de Vía Crucis en los Desiertos carmelitanos», *Los Caminos y El Arte*, Santiago de Compostela, 1989, vol. III, pp. 171-182.

<sup>4</sup> MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M.: «La arquitectura en los Desiertos Carmelitanos», *Monte Carmelo*, Burgos, 1989, pp. 407-431, y *La Arquitectura Carmelitana*, Avila, 1990.

<sup>5</sup> Realmente en España sólo pueden ser considerados como auténticos sacromontes los de Granada, La Salceda (Guadalajara) y Las Ermitas (Orense).

<sup>6</sup> VARGAS LLOSA, M.: *La guerra del fin del mundo*, ed. Seix Barral, Barcelona, 1981, pp. 36-38.

<sup>7</sup> SEBASTIÁN LÓPEZ, S.: *Contrarreforma y Barroco*, Madrid, 1981, pp. 330-334.

## II. «Vía Sacra», «Iter Vitae» y franciscanismo

Antes de analizar los calvarios y sacromontes españoles queremos insistir en el origen, motivación y significación de su práctica, sin que con ello pretendamos escribir la historia del Vía Crucis, suficientemente estudiada<sup>8</sup> y que conoció su primer ejemplar destacado en el organizado por San Petronio de Bolonia en el monasterio de San Esteban cuando corría el siglo v. Más nos interesa la circunstancia de que fue en el siglo xv cuando la devoción de los Calvarios se extendió en Europa, en especial en los países germánicos y sobre todo gracias a la actuación de los franciscanos, orden que como se sabe alcanzó la tutela de los Santos Lugares<sup>9</sup>.

Fueron en efecto los minoritas quienes por Italia, España, Portugal y América más Vía Crucis y Sacromontes levantaron, acordes con su sentimental manera de practicar y explicar la Religión ya que, incardinados en el pueblo, tanto su fundador como San Buenaventura se dirigían como padres de la «Moderna Pietas» al corazón del hombre, más que a su mente.

Cierto es que en ese movimiento espiritual que desde el siglo xii va a conducir hacia el hombre moderno tuvo también mucha participación San Bernardo de Claraval, a quien se debe en especial una recuperación indudable del monaquismo, cuando el alejarse de la ciudad y del Mundo comienza a practicarse bien de forma eremítica, bien de forma reglada. Fue en el siglo xiii cuando aparecen órdenes como los carmelitas, agustinos, cartujos, cistercienses, etc., que proponen en general un regreso a la Naturaleza, al Desierto, como vía de perfección.

Pero a pesar de que los franciscanos y demás frailes mendicantes tengan a la ciudad como campo de actuación preferencial, se ha de tener en cuenta que el franciscanismo supo recuperar el amor e interés por la Naturaleza tanto como ninguna otra religión, pues, desde las *Floreillas* de San Francisco, ahí se encontraba la manifestación más directa del milagro de la Creación.

No cabe duda que el espiritualismo franciscano, producto de la ciudad bajomedieval, está detrás de todos los movimientos de renovación espiritual que como la Reforma de la Descalcez teresiana y sanjuanista del siglo xvi, recogía en plena Contrarreforma una manera rigurosa y sencilla de entender la religión y de practicarla en soledad muy diferente de las ideas y actuaciones de los jesuitas que, como ha estudiado Palma Martínez-Burgos, llegaron a ahogar la mentalidad de San Juan de la Cruz y convirtieron ese tipo de espiritualidad en un recuerdo del sueño de individualismo y libertad que concibe al hombre del Renacimiento en comunión con la Naturaleza<sup>10</sup>.

Sin embargo la Orden de San Francisco siguió actuando con enorme fuerza en el ámbito católico contrarreformista, aunque con distintos métodos que los jesuitas. Ambos participan de la «Devotio moderna», pero frente al recurso de la Compañía a las imágenes mentales e intelectuales, los mendicantes prefirieron el mantenimiento de la imagen visual y sentimental, que llega más fácilmente al corazón del hombre sencillo. Y en este sentido, precisamente, el fenómeno del Vía Crucis y sus valores alegóricos nos puede servir de perfecto ejemplo.

En efecto, como se sabe los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio propugnan como fundamental la «composición de lugar», cultivando sus seguidores de una manera brillante el método de meditación de la imagen visual apoyada con letras, que tuvo su mayor éxito con las *Evangelii-*

<sup>8</sup> Vid. THURETON, P.: *Etudes historiques sur le chemin de la Croix*, París, 1907; FASSY: *Le Chemin de la Croix, origines, pratique, dévotion*, Aix, 1928; ZEDELGUN, A.: *Historia del Via Crucis*, Bilbao, 1958, etc.

<sup>9</sup> Según SAN LEONARDO DE PORTOMAURICIO: *Vía Crucis explanado*, Madrid, 1730, fueron los franciscanos quienes más prontamente propagaron la práctica del Calvario en España, siendo buen ejemplo el que hubo en Madrid hasta 1809, que salía del convento de San Francisco e iba a terminar en la calle aún llamada del Calvario.

<sup>10</sup> MARTÍNEZ-BURGOS GARCÍA, P.: «Imágenes-tipo y *modus orandi*: las variantes iconográficas del santo en la pintura del renacimiento español», *Cuadernos de Arte e Iconografía*, Madrid, II, 4, 1989, pp. 30-35, y «Ut pictura natura: la imagen plástica del santo ermitaño en la literatura espiritual del siglo xvi», *Norba-Arte*, Cáceres, IX, 1989, pp. 15-27. También MONTANER LÓPEZ, E.: «Piadosas significaciones en la devoción postridentina», *Cuadernos de Arte e Iconografía*, Madrid, II, 4, 1989, pp. 36-42.

*cae historiae imagines* del P. Nadal. Además de esta aplicación bíblica el también jesuita Antoine Sucquet, director espiritual del colegio de Bruselas, lo siguió en un libro popularísimo: *Via vitae aeternae*, Amberes, 1620, que tuvo en el siglo XVII ocho ediciones latinas y traducciones al holandés, alemán, francés, italiano, polaco, húngaro, inglés y aun se menciona una traducción castellana, no identificada. Los capítulos van acompañados de treinta y dos excelentes grabados de Boecio de Bolswert con textos para facilitar la lectura de la imagen, en un libro sobre la Teología de la Perfección difundido con arreglo a las tres vías: principiantes, progresantes y perfectos <sup>11</sup>.

Debemos nuestro reciente conocimiento de esta obra al Profesor Santiago Sebastián, quien ha llamado la atención sobre la claridad contrarreformista de las imágenes comentadas y leídas de su iconografía. Pero ahora nos interesa destacar el asunto y motivo de alguno de esos grabados, pues de acuerdo con el título del libro aparece en ellos una frecuente referencia al Monte Santo como camino de ascensión al Cielo, unas veces (grabado núm. 28) con forma de vía directísima, recta y despejada, y en ocasiones (como el que representa tres caminos distintos aunque convergentes, uno recto, otro sinuoso y el último en acusado zig-zag) con alusiones a las dificultades de ese peregrinar y los distintos modos elegidos por los cristianos para alcanzar la Gloria: los monjes la vía recta, los sacerdotes la curvada y los cónyuges la más accidentada y larga.

Otros grabados de ese volumen insisten en la imagen de la vida como camino (como el que representa al «Miles Christi»), e incluso en la portada del mismo se repite la representación del Camino de Perfección, ascendente hacia el Cielo.

Los ejemplos de esta norma tridentina podrían multiplicarse <sup>12</sup>. Mas en contraposición con el método jesuítico podríamos afirmar que los franciscanos prefirieron la vía práctica de levantar Calvarios y Sacromontes lo más fieles posible a la realidad hierosolimitana para que en ellos el pueblo pudiera imitar física y sensorialmente a Cristo, en forma muy diferente a la composición de lugar de los seguidores de San Ignacio.

Unos, más intelectuales, ofrecían a su aristocrática grey Vía Crucis imaginarios, dibujados y comentados con explicaciones que había que leer, cómodamente sentado, en el oratorio doméstico o en la tribuna «privada» de la iglesia jesuítica. Los otros, volcados hacia las masas incultas, ofrecían al pueblo la posibilidad de *vivir* la Pasión, sufriendo corporalmente la dureza de un recorrido que se ha planificado con la obsesión de que reflejara las medidas exactas traídas de Jerusalén.

Se nos puede reprochar por excesivamente simplista la distinción entre la práctica de los *Ejercicios espirituales* por la nobleza y clases altas urbanas del Siglo de Oro, y la frecuentación del *Vía Crucis* por las clases populares, sean urbanas o rurales. Ambos procedimientos convergerían en el mismo fin de procurar la salvación del individuo por medio del acrecentamiento de su fe a través de su mejor conocimiento del Evangelio.

Somos conscientes de que muchas otras órdenes religiosas promovieron la erección de Calvarios y Sacromontes (carmelitas, dominicos, agustinos), si bien sólo conocemos una intervención del jesuita Pedro Sánchez en el conjunto devocional del Sacromonte de Granada, tan especial por muchos razones <sup>13</sup>. Parece desmesurado asociar la práctica del Vía Crucis sólo con los

<sup>11</sup> SEBASTIÁN LÓPEZ, S.: «Iconografía y vida espiritual», *Actas del VIII Congreso Nacional de Historia del Arte*, Cáceres (en prensa).

<sup>12</sup> Vid. por ejemplo RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, A.: «La repercusión en España del decreto del Concilio de Trento sobre las imágenes sagradas y las censuras al Greco», *Studies in the History of Art*, 13, Washington, National Gallery of Art, 1984, pp. 153-159.

<sup>13</sup> A él se deben las trazas del conjunto. Vid. RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, A.: «El arquitecto hermano Pedro Sánchez», *Archivo Español de Arte*, XLIII, 1970, pp. 65 y ss. En Granada, tras los supuestos hallazgos, uno de los hechos más pintorescos de los primeros años fue el de plagar el monte de cruces, costeadas por villas de la región o gremios de la ciudad. Pero a pesar de la pronta prohibición, una comisión presidida por la Duquesa de Sessa y las más destacadas señoras de

franciscanos y su visión popular de la evangelización. Pero al mismo tiempo resulta irrefutable que la mayoría de los Calvarios iberoamericanos fueron labrados por esta religión, iniciándose habitualmente en el convento de San Francisco de cada ciudad <sup>14</sup>.

Por todo ello debe de existir alguna relación, entre la proliferación común de las Vías Sacras y la presencia de un convento franciscano que les sirve de arranque en tantos lugares, con el citado amparo de los Santos Lugares por la Orden de San Francisco. Tal vez se deba a estos frailes la popularización de la idea de que la ciudad hispánica del Siglo de Oro era imagen de la Nueva Jerusalén, dotada del Templo, de la Vía Dolorosa y aún del Gólgota. A la vez resulta muy expresivo que el primer Sacromonte que se construyó en Europa, el de Varallo en Valsesia, fuera creado por el franciscano Bernardo Caimi, que tras haber sido guardián del Santo Sepulcro en Jerusalén desde 1477 a 1478 viajó dos veces más, en 1487 y 1489, a Tierra Santa. También el que uno de los libros que más influyó en la difusión de los Calvarios fuera el del también franciscano fray Antonio del Castillo, titulado *El Devoto Peregrino y Viage a Tierra Santa* (Madrid, 1654), predicador apostólico, guardián de Belén y Comisario de Jerusalén <sup>15</sup>.

### III. *La geografía imaginaria del Vía Crucis: urbanismo y ruralismo*

Uno de los aspectos más interesantes en el estudio de los Calvarios barrocos es sin duda la recreación en ellos y con ellos de un paisaje imaginario que, en el campo o en la ciudad, pretende trasladar al devoto a la lejana Palestina. El profesor Bonet los ha comparado especialmente con las Exposiciones Universales y los Parques de Atracciones del mundo contemporáneo: en ellos quedan abolidos el espacio y el tiempo reales, buscándose el proporcionar a sus visitantes una ilusión diferente a su cotidianeidad.

En este sentido simbólico de la arquitectura, comparable a otros artificios de la época tales como los Desiertos carmelitanos que se disponen a semejanza del Monte Carmelo israelita, la colocación de los Vía Crucis dentro de una ciudad, en su periferia o en lugares apartados de carácter rural, dará lugar a diferentes interpretaciones.

En los casos de *Ávila*, con el humilladero de los Cuatro Postes labrado en 1566 por el maestro de cantería Francisco de Arellano, y de *Segovia*, donde enfrente de la silueta más representativa de la ciudad se levanta un calvario en el Pinarillo (cuyos cruces se fechan hacia 1675), la sola presencia de estos elementos convierten a las urbes amuralladas inmediatas en la imagen perfecta de la Nueva Sión, más que de la ciudad material, de la Ciudad de Dios o Jerusalén Celestial <sup>16</sup>. Ciertamente es que en el ejemplo avilense la traza conservada en el Archivo Histórico Provincial reproduce una efigie escultórica del mártir San Sebastián en el interior del templete, que sustituyó a uno anterior de la misma advocación <sup>17</sup>. Dicha figura nunca se colocó, sustituida por una cruz, mas resulta evidente que si se hubiera realizado la imagen, Ávila pasaría a ser una Nue-

Granada se encargó de promover el santo lugar mediante estaciones de penitencia (Vid. GUILLÉN MARCOS, E. y VILLAFRANCA JIMÉNEZ, M.<sup>a</sup> del M.: «El Sacro Monte granadino. Un itinerario ritual en la España del XVII», *Los Caminos y el Arte*, Santiago de Compostela, 1989). Posiblemente la intervención del jesuita se deba al interés aristocrático por el Sacromonte granadino. Lo cierto es que con posterioridad fue la Orden Tercera Franciscana la que todas las noches de los viernes del año organizaba Vía Crucis en este lugar.

<sup>14</sup> Son numerosísimos los ejemplos: Acambaro, Querétaro, Antigua, México, Quito, Puebla, Madrid, Sigüenza, Guadalajara, etc.

<sup>15</sup> Vid. BONET CORREA, «Sacromontes y Calvarios...», *art. cit.*, y lo señalado en la nota n.º 9.

<sup>16</sup> En este mismo sentido HERNÁNDEZ MARTÍN, F.: *Ávila*, León, 1969, p. 16, decía: «Cuatro columnas dóricas dan escolta a una cruz. Es un templete de granito sobre el alcor que lamen con humildad las aguas del Adaja. Es, posiblemente, un hito piadoso, una estación penitencial sobre un pequeño Gólgota que mira a una pequeña Jerusalén».

<sup>17</sup> *Documentos para la Historia de Ávila*, Ávila, 1985, pp. 96-97.

va Roma, también ciudad santa. Semejante interpretación hierosalimitana podemos aplicar a la erección de otros humilladeros cuadrifrontes que cobijan cruces monumentales, tales como la Cruz del Campo de *Sevilla*, o el Crucifijo plateresco de *Calahorra* que vuelve a señalar un camino de peregrinación conocido como «La ruta de Santiago», recorrida por el mismo apóstol, según la tradición, sobre todo desde Zaragoza y pasando por Calahorra <sup>18</sup>.

Otras veces, como en las ciudades de *México*, *Puebla* y sobre todo *Cholula*, la colocación del Calvario con cruces o grandes estaciones (a veces verdaderas iglesias) en el interior del núcleo, hace más evidente la metamorfosis de las mismas en la Nueva Jerusalén, pues esta especie de sacromontes urbanos de la Nueva España parecen estar ligados, según Bonet, a las ciudades de españoles. Resulta evidente que la transformación en estos ejemplos es aún mayor que en aquellos casos de Avila, Segovia, Calahorra o Sevilla antes citados. Ahora bien, en esta última ciudad el Calvario o Vía Crucis se iniciaba al parecer en el palacio de los duques de Medinaceli, conocido como la Casa de Pilatos, y saliendo por la puerta de Córdoba llegaba hasta la pequeña eminencia donde se alzaba, desde 1482, la citada Cruz del Campo <sup>19</sup>.

Se podría decir que en las ciudades españolas donde tantas prácticas penitenciales se realizan cada año con los desfiles de Semana Santa (verdaderos Vía Crucis *procesionados*), la figuración de la misma ciudad como Jerusalén rediviva era algo familiar. Pero podemos destacar en su constatación dos ejemplos significativos: el primero nos demuestra la fácil relación simbólica entre la catedral y el Templo de Salomón aplicada al caso de *Salamanca* y las fiestas celebradas en la conclusión, hacia 1733, de las obras llevadas a cabo en dicho edificio de la «Atenas castellana» y que se recoge en el singular texto de las *Glorias sagradas* publicadas por Calamón de la Mata en aquella fecha, tal como ha analizado Fernando R. de la Flor muy recientemente <sup>20</sup>.

El segundo paradigma es más conocido: Martín González encuentra en *Valladolid* un caso de «urbanismo religioso» análogo a la dimensión procesional que tenían los trazados rectilíneos de Sixto V, en la Roma de finales del siglo XVI, y que permitían el recorrido de las basílicas. En la ciudad castellana la ubicación de la fachada y el balcón de la iglesia penitencial de la Vera Cruz, comenzada en 1595, como remate de la perspectiva de la calle de Platerías, crea un circuito procesional a partir de la Plaza Mayor <sup>21</sup>. En efecto, conocida la importancia de la Semana Santa de Valladolid, semejante influencia en las fachadas eclesiásticas encontramos en los templos de las Angustias, también penitencial, el Salvador, San Benito y aún en el balcón de la Catedral.

A semejantes conclusiones, si bien en una escala menor que se limita a la reconstrucción aislada de la Vía Dolorosa o el Monte Calvario, nos lleva el estudio de los numerosos vía crucis situados en las afueras de los pueblos y en el acceso a los santuarios locales o comarcales. Generalmente del tipo más sencillo de vía sacra, el de las cruces de piedra sobre pedestales, son tan abundantes que demuestran la popularización de unas prácticas devocionales muy concretas, cuando no la evidente imitación de lo que se hacía en la ciudad. Pero en el medio rural y selvático todavía era más fácil abstraer la mente hacia una representación histórica, pretérita, sobrando espacio para desarrollar a lo largo de las medidas reales o imaginadas un auténtico ascenso al Gólgota. Pues suele buscarse alguna elevación para su colocación.

Un capítulo especial de la creación de calvarios en el medio rural lo conforma el heterogéneo conjunto de *vía crucis de los Desiertos carmelitanos* españoles. Por su carácter eremítico algu-

<sup>18</sup> GUTIÉRREZ ANCHÚTEGUI, P.: *Calahorra*, Madrid, 1969.

<sup>19</sup> BONET CORREA, «Sacromontes y Calvarios...», *art. cit.*, pp. 179-180.

<sup>20</sup> R. DE LA FLOR, F.: *Atenas Castellana. Ensayos sobre cultura simbólica y fiestas en la Salamanca del Antiguo Régimen*, Salamanca, 1989.

<sup>21</sup> MARTÍN GONZÁLEZ, J. J.: «Urbanismo y Arquitectura en Valladolid durante el Renacimiento», *Historia de Valladolid*, III, Valladolid, 1981, pp. 137-174, y «Arquitectura, Urbanismo y Escultura del siglo XVII», *Historia de Valladolid*, Ate-  
neo, Valladolid, 1982, pp. 109-153.

no de ellos alcanzó, como auténtico sacromonte, la más espléndida integración posible en el medio natural.

En efecto, cuando en otra ocasión hemos estudiado la quincena de Desiertos del Carmelo Descalzo en el área iberoamericana, concluíamos en que constituían uno de los conjuntos arquitectónicos y aun urbanísticos más característicos del Barroco, cuya religiosidad auténticamente sentida llevó a un interesante renacimiento del espíritu eremítico, paulatinamente enfriado al avanzar el Siglo de las Luces <sup>22</sup>. Si bien, como ha señalado Bonet, los desiertos no son sacromontes, resulta sin embargo que en todos ellos se trazaron calvarios de muy diversa configuración, hasta alcanzarse en alguno un ordenado itinerario de peregrinación, por medio de la combinación de antiguas ermitas de habitación con otras capillas de los pasos labradas «ex-profeso». Fue un fenómeno semejante al ocurrido en el desierto franciscano de *La Salceda* (Guadalajara), estudiado y dado a conocer por nosotros en el contexto del Manierismo alcarreño <sup>23</sup>. Fue tan magnífico este sacromonte español que, en palabras del mismo profesor Bonet, de haberse conservado brillaría entre los santuarios españoles como un facetado y prístino diamante.

Mas no le iría a la zaga el vía crucis del Santo Desierto de San Juan de la Cruz de *Busaco* (Portugal), que por su buen estado de conservación y su desarrollo integrado en una de las masas forestales más impresionantes de Europa en densidad, variedad de especies y feracidad, es el más cumplido ejemplo de la realización en un amplio paisaje natural de todo un programa religioso y arquitectónico, y por ello dotado de unas altas connotaciones ecológicas, lo que nos mueve a valorarlo como un antecedente del Arte Tierra contemporáneo, como obra brutalista y conceptualista «avant-la-lettre». El sacromonte de Busaco está formado por más de cuatro kilómetros de caminos de barro, calzadas terraplenadas, escaleras y puentes sobre arroyos y acequias. Algunas capillas, de ubicación paisajística, se convierten en magníficos miradores que dominan hasta el horizonte una campiña de gran belleza. Otras, perdidas entre la foresta, son ejemplo de integración en el medio natural que en Busaco no se pretende dominar o modificar por medio de la Razón (como sucede en los grandes jardines barrocos) sino únicamente recorrer por medio de una red de viales y unos hitos arquitectónicos que se acomodan suavemente a su orografía.

Ante la espléndida realidad de este conjunto devocional es comprensible que en España —donde no abundan los sacromontes— sólo encontremos algo parecido a ese ambiente selvoso en el santuario orensano de *Las Ermitas*, obra maestra de carácter popular y muy relacionado con los grandes calvarios portugueses <sup>24</sup>.

#### IV. *Distintas modalidades de calvarios barrocos*

Sin pretender ser exhaustivos y sin haber podido localizar ni estudiar más que una mínima parte de los vía crucis españoles hoy existentes, nos atrevemos a plantear una clasificación de los que conocemos empujados por su heterogeneidad, de acuerdo con criterios ordenadores tales como el tipo de elementos que los componen (cruces de piedra o madera, edículos-hornacinas, capillas de los pasos, cuevas), lo que se ha manifestado como determinante a la hora de dicha sistematización. Después, dentro de esa primera disposición, hemos atendido a su situación (urbana, rural, conventual), a su emplazamiento (monte, llanura), su extensión (topográficos, diseminados, abreviados) o la disposición del camino de acceso (escalinata, rampa directa, cuesta en zig-zag), etc.

<sup>22</sup> *La Arquitectura Carmelitana*, Avila, 1990.

<sup>23</sup> MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M.: *La Arquitectura del Manierismo en Guadalajara*, Guadalajara, 1987, pp. 390-408.

<sup>24</sup> BONET CORREA, A.; CARBALLO-CALERO, M. V. y GONZÁLEZ GARCÍA, M. A.: *El Santuario de N.ª S.ª de Las Ermitas*, Orense, 1987.

### 1. Con cruces de piedra o madera (calvarios)

Los más sencillos vía crucis, al alcance de cualquier iniciativa, suelen aparecer en llano, saliendo del núcleo urbano y buscando un término en lo alto de un cerro o colina próxima. Se podrían clasificar en principio en tres localizaciones: *urbanos*, *rurales* y *conventuales*.

Los *calvarios urbanos* de esta modalidad hoy prácticamente han desaparecido, si bien eran muy abundantes, habiendo uno o varios en casi todas las ciudades del Barroco. Situados dentro de la villa, como en Madrid, Toledo, Valencia, Málaga, Almería, Burgos, Castellón, Jaén, Palma de Mallorca, Las Palmas, etc. (ciudades todas que conservan una «Calle del Calvario»), también se dispusieron en México o Cuzco, saliendo otras veces en busca de un cerro o punto elevado que añadía cierta verosimilitud topográfica al Vía Crucis. Es el caso de los calvarios de Segovia, Cáceres, Querétaro, Quito, La Habana, Priego o Caracas, ciudad que en su costado de poniente tenía un cerro con ese mismo nombre.

Los *rurales* son, al menos en España y sobre todo en Castilla, innumerables, situados generalmente en las salidas de las poblaciones y rodeando las pequeñas ermitas allí situadas. Como los urbanos, también gustan de dirigirse hacia puntos elevados. A título de ejemplo podemos destacar, por su frecuencia, los calvarios de cruces labradas en granito de la zona occidental de la actual provincia de Segovia, donde pueblos como Otero de Herreros, Aldeavieja o Las Navas de San Antonio están prácticamente rodeados de estos caminos sagrados.

Los *conventuales*, no siempre completos, serían aquellos levantados por los frailes con unos claros fines doctrineros, además de para un uso penitencial, por lo que ofrecen gran variedad dispositiva: desde las cruces catequéticas situadas en el centro del atrio en los conventos de indios, pasando por las cruces que en mayor número se levantaban en las plazas de las misiones jesuíticas del Paraguay, las de algunos santuarios de carácter misional como el de Copacabana, hasta los calvarios sencillos de los citados Desiertos carmelitanos, como San José del Cuervo o Las Palmas, las Batuecas o la Isla de Baracaldo. Todavía podrían incluirse en este grupo los vía crucis claustrales, para uso de los frailes del cenobio, muchas veces reemplazados por imágenes pictóricas o escultóricas con los pasos canónicos, lo que se aproxima a los vía crucis interiores de los templos que, obviamente, aquí no estudiamos.

### 2. Con edículos-hornacinas (mini-sacromontes)

Un paso más adelante hacia la monumentalidad, aunque muchas veces no se abandona la simplicidad más tosca, es el de los calvarios formados por edículos o capillitas que, como términos viarios, albergan una pequeña cruz, una imagen pictórica, escultórica y muchas veces de azulejería. Acaso son como sacromontes en miniatura, pues estos mini-sacromontes procuran imitar la disposición ascensional de aquellos santuarios monumentales. Por ello podemos ensayar una ordenación de estas maquetas sacromontinas en varios tipos: *urbanos* y *en llanura*, como el que había en la Alameda de México, o el de Acambaro, o el de Antigua, de 1618. También es así el vía crucis del Desierto de Las Palmas, dispuesto junto al edificio centralizador, o el del Santuario de Santa Ana del Monte en Jumilla, administrado por franciscanos, etc. Ocupan por lo general una pequeña plazoletilla o avenida alargada, dispuestas las hornacinas a ambos lados de la misma.

Otros se disponen en una fuerte *subida en zig-zag*, muy ordenada y compactada como el del Sot del Ferrer y otros de la provincia de Castellón o un tanto más dilatada e irregular, como en los magníficos de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> del Castillo de Cullera o de San Miguel de Liria. En algún caso, como el que en Tomar (Portugal) parte de la interesante ermita octogonal con alpende o portal alrededor



de San Gregorio, para subir hasta la ermita de La Piedad, se opta por el *acceso rectilíneo* por medio de escalinatas y catorce plazoletillas circulares. Más abundantes son los que se dotan de *rampa* en vez de escaleras como los pequeños sacromontes de Lorca, Terrer, Olot, Amecameca o Chalma, estudiados por Bonet.

### 3. Con capillas de los pasos (sacromontes)

El clímax artístico y monumental se alcanza con los Calvarios dotados de capillas o ermitas que acogen grupos escultóricos, a veces de tamaño natural y que suponen lógicamente por su elevado costo una organización compleja, una mente ordenadora y una finalidad decidida por crear o completar un centro devocional de importancia. Además, intrínsecamente, deben disponerse en un monte o cuesta pronunciada. Y sin embargo veremos a continuación que alguna vez se puede hablar con toda propiedad de sacromonte urbano. Los ascendentes simbolizan el Monte Calvario; los ciudadanos, más ambiciosos, transforman la urbe en la Jerusalén Restaurada.

La posible confusión de sus capillas penitenciales con las ermitas de los desiertos de algunas órdenes muy rigurosas (que además en algunos casos como los citados de Busaco, La Salceda o el romano de Monte Virginio contaron con un auténtico sacromonte), añade un elemento de complicación en la definición de estos conjuntos devocionales. No obstante nos atrevemos a clasificarlos en cuatro tipos: *topográficos*, *diseminados*, *arquitectónicos* y *urbanos*. Serían *sacromontes topográficos* aquellos de gran extensión y dispuestos a lo largo de una vía sacra cuyas medidas se procura que fueran lo más exactas posible al camino recorrido por la Vía Dolorosa de Jerusalén. Serían los sacromontes de Busaco y Arrabida en Portugal, o el de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de las Ermitas en España. Generalmente levantados por iniciativa de algún obispo o prelado importante, en ellos es el elemento más destacado la propia calzada con tramos enlosados o muy cuidados, a lo largo de los cuales se sitúan las capillas de las estaciones bien alejadas unas de otras, según cada pasaje, pues como hemos dicho se procura que respeten las medidas originarias. Las capillas o pequeñas ermitillas suelen ser homogéneas (con una ventana o celosía que permite contemplar el grupo escultórico del interior como un pequeño teatro), si bien en Busaco el deseo de mayor realismo unido al aprovechamiento de antiguas ermitas de habitación, en fenómeno que se detecta en otros Desiertos, llevaron a que algunas estaciones (como el Pretorio de Pilatos, la Casa de Caifás o el Santo Sepulcro), se singularicen con elementos simbólicos o espectaculares.

Los *sacromontes diseminados* serían aquellos situados en una cuesta o monte, con calles y ermitas de las estaciones, pero que no siguen las medidas exactas de los calvarios topográficos. Algo desordenados, también se pueden relacionar con primitivos desiertos de eremitas, y en ellos el recorrido en zig-zag puede deberse al deseo de demostrar físicamente la dureza del Camino de la Salvación. A este tipo correspondería el sacromonte de La Salceda (Guadalajara), el mexicano de Atotonilco, o los italianos de Varallo, Verna, Monte Virginio, etc.

Serían *sacromontes arquitectónicos* aquellos calvarios italianos (como el de Campione de Italia), lusos (como el de Braga) y brasileños (como el de Congonhas), en los que más labor constructiva y urbanística se invirtió, en los que la ordenación artificial y racional de los accesos, rampas y disposición de las capillas es más evidente, alcanzándose al final un santuario penitencial y ascensional pero en un espacio reducido, apretado o casi esquematizado. Nos permitimos distinguir en ellos entre los sacromontes *escalonados* con sucesión de tiros y capillas homogéneas a ambos lados de la doble subida (del tipo del Bom Jesus de Braga, o del de Campione), y aquellos otros que como el de N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> do Castello en Mangualde (diócesis de Viseu) ofrecen una *rampa en zig-zag* flanqueada por capillas de los pasos; unido a un santuario mariano, en la parte

más alta se dispone la iglesia dotada de alta torre a los pies (de 38 metros), y realizada por una ancha escalinata con esbeltas pirámides sobre la balaustrada lateral.

En este grupo de sacromontes artísticos —los más barrocos de todos— todavía podemos incluir los ejemplares del de San Francisco de Tlaxcala (México), Santo Antonio do Olivais en Coimbra, el Cristo de Bom Fin en Setubal o el más conocido del Bom Jesus de Matozinhos junto a Oporto, pues según Bonet ofrecen una versión urbana y reducida del Sacromonte, dotados de una escalinata de subida a la iglesia y cuatro o seis capillas a los lados. Nos hacen recordar estos sacromontes *abreviados* a aquellos calvarios con hornacinas que denominábamos medio en broma medio en serio como «mini-sacromontes»; pero aquí cuentan con verdaderas ermitas de los pasos.

También situados en ciudad, los *sacromontes urbanos* del Barroco son más raros y difíciles de determinar. Pero no encontramos mejor calificación para algunos calvarios intramuros que se dotan o recorren capillas, ermitas y hasta iglesias diseminadas por la ciudad. Ya en 1533 se construyó en Sevilla el palacio de los duques de Medinaceli, conocido como la Casa de Pilatos, punto de partida como ya se dijo de un calvario de cruces (?) que acababa en la monumental Cruz del Campo. Pero los dos ejemplares más expresivos de esta transformación a gran escala de la ciudad en Nueva Jerusalén los encontramos en Nueva España: en la ciudad de México existió un gran calvario de este tipo que partía de la capilla de Valvanera, ahora de Guadalupe, de la iglesia de San Francisco. En el atrio de este convento había dos capillas que le servían de inicio, y desde allí, por San Juan de Letrán, llegaban hasta la Alameda, donde se contaban hasta otras nueve ermitillas.

En Puebla de los Angeles todavía se conservan doce capillas, verdaderas iglesias, que se pusieron en el siglo XVI por un terciario franciscano, labrándose las mismas por los particulares que construían su casa al lado. Comienza como es habitual en el convento de San Francisco y alcanza la decimocuarta capilla en la falda del cerro de Bethlem. La tradición local señala que se situaron las estaciones «según y como en la Santa Ciudad de Jerusalén, en donde se obró nuestra redención»<sup>25</sup>. Por último, la ciudad sagrada de los tlaxcaltecas, Cholula, también conoció un típico sacromonte urbano.

#### 4. Con altares-cuevas (subterráneos)

Menos monumentales y frecuentes, se pueden encontrar sin embargo algunos calvarios que por un posible sentido sepulcral se disponen total o parcialmente con cuevas. Es el caso del Sacromonte de Granada, que por su estructura y tipo es totalmente diferente a los italianos, atípico y singular tanto en su idea como en su formulación. Mas lo que nos interesa es la presencia de las capillas subterráneas u «hornos», producto como se sabe de las fraudulentas excavaciones sacras. Se encuentran en lo alto del Monte Valparaíso, junto al edificio del Colegio y la iglesia.

El santuario de Atotonilco, cerca de San Miguel de Allende (México), es un lugar de peregrinación que según Bonet tiene que ver por un lado con los desiertos y por otro con los sacromontes. Con una iglesia dedicada a Jesús Nazareno, cuenta con una Capilla del Santo Sepulcro, pero además destacan los altares «cuevas» con grupos escultóricos de tamaño natural, que forman el conjunto más monumental de la Nueva España.

En el ámbito eremítico, la cueva o gruta natural venía a tener semejante valor espacial que la ermita del solitario o la celda del monje regular. Con las cavernas del desierto de Las Palmas, en

<sup>25</sup> BONET CORREA, «Sacromontes y Calvarios...», *art. cit.*, pp. 191- 192, quien cita la crónica de ZERÓN ZAPATA, *La Puebla de los Angeles en el siglo XVII*, p. 107.

Castellón, dedicadas a San Elías, Santa Magdalena, San Juan de la Cruz, los carmelitas descalzos tenían lugares para ejercicios piadosos o momentos de devoción en un marco retirado y rupestre, como los primitivos anacoretas del Sinaí, Palestina o la Capadocia. Pero estos «antra» también podían considerarse como tumba o sepulcro en vida del que desearía abandonar este mundo para alcanzar la perfección celestial.

Decimos esto por la circunstancia de que dos conventos carmelitas del tiempo de San Juan de la Cruz, el de San Pedro de Pastrana fundado en 1569 y el de La Roda, de 1572, contaron con verdaderos vía crucis subterráneos, adornados con pasos de la Pasión e iluminados a trechos con claraboyas para la luz. Ciertamente es que en ambos cenobios residió el responsable de tan peregrina idea: fray Ambrosio Mariano Azzaro, doctor en leyes y hábil ingeniero, y junto a fray Juan de la Miseria uno de los primeros miembros de la reforma teresiana <sup>26</sup>.

Muy cerca de Pastrana, en la villa de Mondéjar (Guadalajara), sabemos que al menos desde 1581 existía otro calvario rupestre, en las cuevas de la ermita de San Sebastián, adornadas también con pasos de la pasión <sup>27</sup>. Resulta muy significativo que el convento franciscano de San Antonio esté en las proximidades.

##### 5. Con crucero (calvarios abreviados)

Si bien carecen de la proyección espacial y longitudinal de los auténticos vía crucis, no cabe duda que la abundancia de cruces aisladas en exteriores muy diferentes, es demostración del afán de sacralizar el paisaje, el camino, la fuente, etc., pero al tiempo, por su esencia, están recordando continuamente la Muerte y Pasión del Señor, con un funcionamiento catequético en todo semejante al del calvario desarrollado.

En un apresurado estudio encontramos muy diferentes formas o tipos de cruces solitarias: las *cruces doctrineras*, que en el centro de tantos atrios de conventos americanos, asociadas a las capillas abiertas, o en las plazas de poblados y reducciones simbolizan siempre la labor misional y atraían sin duda numerosas procesiones penitenciales. Los *cruceros* propiamente dichos, tan característicos de Galicia o la Bretaña, pero presentes en tantas plazas y compases de aldeas, villas y ciudades de toda España. Es bien conocido el valor artístico de la escultura de algunos cruceros, como los de Hío (Pontevedra) o el Cristo de los Faroles de Córdoba, que por cierto se relaciona tanto con el convento de capuchinos de su vecindad como con una capilla de la Virgen de Los Dolores en la misma plaza, formando prácticamente un vía crucis completo, bipolarizado entre el popular crucifijo y la Virgen recogida en su camarín de la capilla del Hospital de San Jacinto. Las *cruces monumentales*, tales como la Cruz del Campo de Sevilla, la de Cuernavaca o la del atrio del santuario de Copacabana, generalmente protegidas por una estructura cuadrifronte, del tipo de la Cruz Cubierta de la carretera de Barcelona en Valencia, que acaban por confundirse con algunos *humilladeros* de semejante disposición, como el citado de Calahorra, o los muy frecuentes de Cantabria, región donde se acompañan de las «capillas de ánimas» o «santucos» y de los «asubiaderos» o ermitillas que protegen al caminante <sup>28</sup>.

Por último, no podemos dejar de señalar la abundancia del remate cruciforme en tantas

<sup>26</sup> MUÑOZ JIMÉNEZ, J. M.: «La Arquitectura de Santa Teresa» *Monte Carmelo*, Burgos, 1989, pp. 127-157.

<sup>27</sup> Vid. CATALINA GARCÍA, J.: «Relaciones Topográficas de España», *Memorial Histórico Español*, XLIII, Madrid, 1903, p. 313, donde se recoge la respuesta del año 1581: «...Ay muchas ermitas en los pueblos de la dha villa, entre las quales ay una de Sn. Sebastian con muchas cosas de mirar en ella de Obra curiosa y devoción; ay en ella unas cuevas de pasos de la pasión mui contemplativos...».

<sup>28</sup> SÁNCHEZ TRUJILLANO, M.<sup>a</sup> T.: «Los humilladeros de la Montaña. Los Santucos de Animas», *Publicaciones del Instituto «Hoyos Sainz»*, Santander, III, 1968, pp. 261-276.

fuentes españolas, especialmente abundantes en Extremadura <sup>29</sup>, y en muchos rollos-picotas hispanoportugueses <sup>30</sup>, aunque en este caso la finalidad religiosa no debe relacionarse estrictamente con los calvarios. Es un caso semejante al de los peirones o pairones tan abundantes en Aragón y Señorío de Molina.

#### V. *Conclusión*

Sin pretender formalizar una clasificación de los calvarios barrocos españoles, hemos realizado en las páginas precedentes una reflexión sobre el interés y la importancia que estas manifestaciones del Barroco religioso pueden tener para el estudioso de la historia de las mentalidades.

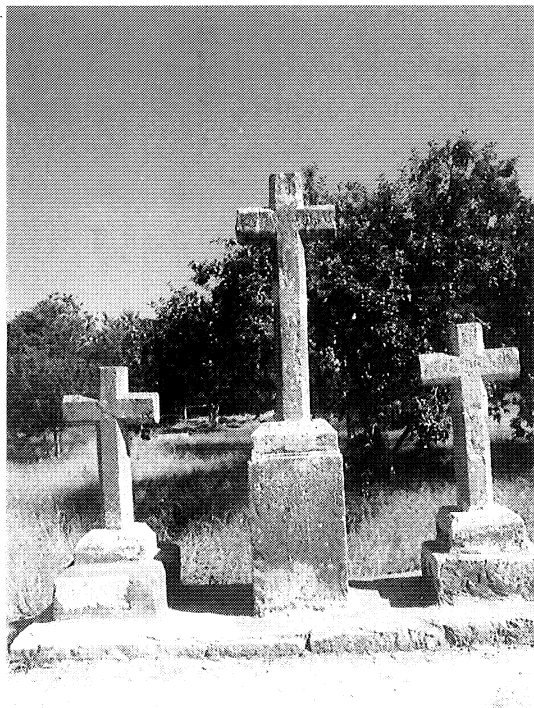
Al tiempo que llamamos la atención sobre la lamentable desaparición de muchas de estas obras del arte vernáculo, creemos que ha quedado demostrada la gran variedad de su formulación, las numerosas variantes que ofrecen los calvarios en nuestro ámbito cultural y las enormes posibilidades combinatorias de los distintos aspectos o elementos que aquí hemos estudiado.

En la estela investigadora de Don Antonio Bonet Correa, llamamos la atención sobre la necesidad de estudiar desde el punto de vista histórico-artístico el riquísimo acervo formado por nuestros santuarios y conjuntos devocionales, que esperan tanto análisis monográficos como interpretaciones más generales.

---

<sup>29</sup> GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, A.: «Construcciones y elementos urbanísticos peculiares en las poblaciones bajoextremas hasta el siglo XIX (Silos, Pozos de nieve, Horcas, Fuentes y otros)», *Norba-Arte*, vol. V, Cáceres, 1984, pp. 207-230.

<sup>30</sup> FERRER GONZÁLEZ, J. M.: «Rollo y Picotas en la provincia de Guadalajara», *Wad-Al-Hayara*, 7, 1980, pp. 103-140.



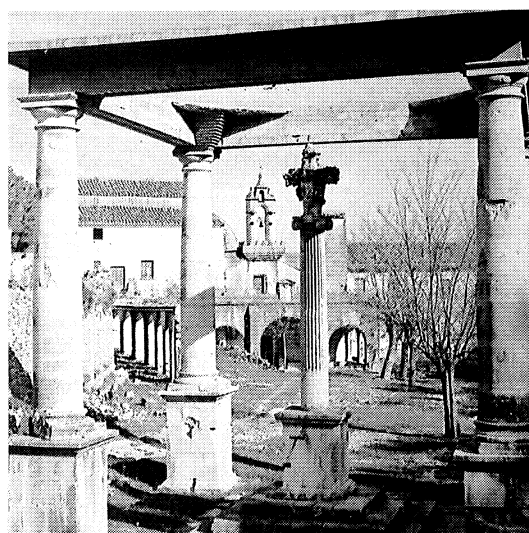
1



2



3



4

- Fig. 1. *Calvario de Quintana*, Posada de Llanes (Asturias), ejemplo de vía crucis rural con cruces de piedra.  
 Fig. 2. *Calvario de Luchente* (Valencia), «minisacromonte» con subida en zig-zag a lo largo de vía sacra rectilínea.  
 Fig. 3. *Cruz doctrinera de Acolman* (México), ejemplo de calvario conventual abreviado.  
 Fig. 4. *Crucero monumental del santuario de N.ª S.ª de Traiguera* (Castellón), ejemplo de cruz protegida por estructura cuadriforme.